

nistro, y cada eventualidad desvanecida les causaba sincera pesadumbre. Además tenían por humillante el papel que se les hacía representar de esta manera. Se reían de ellos los enemigos de su política mediadora, y se deleitaban en decir que por premio de sus esfuerzos pacíficos no les enviaria Napoleon ni un representante, y que los inventores del congreso de Praga, lejos de llevarlo á buen desenlace, ni aun lograrían reunirlo. Este fatal pronóstico de los adictos á la guerra parecia próximo á realizarse, pues, y bajo el sutil pretexto de que la ratificación del convenio se habia comunicado oficiosa y no oficialmente, ya habia perdido Napoleon cinco ó seis dias; ahora, bajo el pretexto no ménos frívolo de que los comisionados de Neumarekt, simples agentes de ejecucion y sin autoridad moral alguna, suscitaban una dificultad de interpretación sobre un texto que les era desconocido, se iban á perder mas dias de nuevo. Y cuando solo se tenían veinte delante, ó veinte y siete con el término disputado, parecia un juego patente y ofensivo sacrificar cinco ó seis á cada coyuntura. Por otra parte no era la pérdida de tiempo lo mas grave, pues, queriendo entenderse de veras, habia bastante con dos dias, aunque no faltasen mas para la expiracion del plazo; lo mas grave consistia en la disposicion que revelaba en Napoleon esta conducta. Burlándose de sus adversarios y del mediador de tal modo, no deseaba la paz evidentemente, y despues de ganar el tiempo con tanto ardor deseado y de emplearlo tan á maravilla, ni aun se tomaba el trabajo de disimular hasta que punto se mofaba de las víctimas de su engaño.—Tal era el lenguaje, fundadísimo por desgracia, que los

parciales de la guerra usaban en todas partes, esmerándose en hacerle ofensivo y amargo para el emperador Francisco y su ministro.

Mr. de Metternich vió á Mr. de Narbonne, y mostrósele hondamente afligido, explicandose de este modo.—La nueva dificultad que acabais de suscitar no es mas formal que la precedente. Amistosamente os anunciamos la ratificación expresa del convenio, por cuya virtud se prorogaba el armisticio hasta el 6 de agosto: no podiais por tanto dudar de la exactitud del hecho, y esta no era una razon para dilatar el nombramiento y el envio de vuestros plenipotenciarios, cuando debian estar aquí el dia 12 y llegaron el 11 los de las otras partes beligerantes. Hoy los comisionados de Neumarekt, que no son nada, que participan de todas las pasiones de los estados mayores, pretenden interpretar un texto, que les es desconocido, y fingis tomar la cosa en serio hasta el punto de presentarnos llenos de alarma, que, á decir verdad, no puede ser muy sincera. ¿Creeis por ventura que, á pesar nuestro y por consiguiente sin nosotros, se queria volver á las hostilidades? ¿Lo creeis de veras? No, ciertamente. ¿Pues entonces, de qué se trata? De una dificultad insignificante, de que pudierais hacer asunto de nuestra entrevista en la primera reunion de los plenipotenciarios, y sobre la cual tuviérais el dictámen favorable de los dos plenipotenciarios prusiano y ruso, y en todo caso la opinion decisiva del mediador que conociais de antemano. No valia esto la pena de perder mas dias, cuando apenas quedan veinte de hoy al 10 de agosto. En semejante conducta no podemos ver mas que una cosa, y es el deseo del emperador

Napoleon de llevarnos de este modo, sin hacer nada, hasta el término del armisticio. Pero que no se engañe, pues no logrará que se prorogue un dia mas la suspension de armas. Por las dificultades que encontrais en Neumarkt podeis inferir las que nosotros hemos tenido que vencer para alcanzar la próroga primera; estad seguros de que no obtendreis la segunda. No se forje el emperador Napoleon ilusiones sobre una cosa todavia mas importante. Llegado el término del 10 de agosto ya no habrá que hablar de paz ni una palabra, y sera declarada la guerra. No se lisonjee de que hemos de permanecer neutrales. Despues de emplear todos los medios imaginables para atraerle a razonables condiciones, que conoce perfectamente, que le dimos á conocer desde el primer dia, sobre las cuales no hemos podido variar nada porque constituyen el único estado tolerable para Europa, si las desecha, no nos queda otro arbitrio que el de declararnos beligerantes. Si permaneciéramos neutrales, como lo desea en el fondo, no dudamos de que serian batidos los aliados; y tras de su turno vendria el nuestro y lo tendríamos bien merecido. No incurriremos pues en tal falta. Lo que es hoy, digaseos lo que se os diga, somos libres. Os empeño mi palabra y la de mi soberano, no tenemos compromisos con nadie; pero tambien os afirmo que el 10 de agosto á media noche los tendremos con todo el mundo, excepto con vosotros, y que tendreis encima a trescientos mil austriacos mas desde el 17 por la mañana. No ha tomado esta resolucion mi soberano á la ligera ni sin pesadumbre, pues es padre y ama á su hija; pero se halla obligado respecto de su pueblo, de sí mismo y de Europa, á

consolidar una situacion permanente, ya que tiene medios de conseguirlo, y mas cuando por otra parte no le quedaria mas alternativa que la de caer algunos dias despues bajo vuestros golpes y en una dependencia peor que aquella en que pusisteis á Prusia. Ya sabemos los riesgos que se corren al querer pelear en vuestra contra, aun siendo numerosos los combatientes, si el emperador Napoleon se halla a la cabeza de los ejércitos franceses; pero, tras de maduras reflexiones, preferimos esos riesgos á la deshonra y la servidumbre. Por consiguiente, no se nos venga á decir despues del suceso que os hemos engañado. Todo es posible hasta el 10 de agosto á media noche, y aun á última hora, pasado el 10 de agosto, ni un dia, ni un instante de respiro; la guerra, la guerra con todo el mundo, y hasta con nosotros.—Bajo la impresion de este lenguaje reposado, triste y grande, dijo Mr. de Narbonne á Mr. de Metternich:—¡Con qué ni un instante de respiro, aun cuando la negociacion esté comenzada!—Solo en el caso, repuso el ministro de Austria, de que las bases de la paz se encuentren admitidas del todo, y no falte mas que arreglar los pormenores.

Mr. de Narbonne, que habia avalorado esta situacion perfectamente, y veia á las claras que ya era imposible jugar con el tiempo ni con los hombres; que procediendo asi no se engañaria á nadie, sino á sí propio, escribió á Mr. de Basano que habia que decidirse á la guerra, á la guerra segura y universal con Europa, ó que de no abrazar este partido, se deseaba la paz, salvas las modificaciones que pudiesen introducirse en lo solicitado, habia que negociar formalmente, y aun no darse aires

de hacer burla de aquellos con quienes se estaba tratando, siquiera no se tirase á otra cosa que á una próroga del armisticio. De consiguiente pedia que se hiciera partir á Mr. de Caulaincourt, porque los plenipotenciarios prusiano y ruso amenazaban todos los días con retirarse, para lo cual tenían derecho, pues ya era el 20 de julio y se hallaban esperando desde el 12, y que todo quedaria concluido si dejaban á Praga. Apenas se lograria entonces que la buena fé de los coaligados respetara el armisticio hasta el 17 de agosto, y si se lo graba solo se deberia á la prudencia y á la moderacion de Austria.

No afectaron mucho á Mr. de Basano y menos todavia á Napoleon estos consejos tan juiciosos y dictados por el exacto conocimiento de las cosas. Sin embargo, aunque decidido Napoleon á la guerra mas bien que á las condiciones llevadas por Mr. de Bubna, aun lisonjeándose de que con sus nuevos aprestos batiria á todos los coaligados, por mas que se contara entre ellos el Austria, no era indiferente á la esperanza de una nueva próroga del armisticio, y á fuerza de desearla, se forjaba la extraña ilusion de que tal vez la conseguiria. A la verdad dudaba de inducir á esta próroga á Rusia y Prusia, animadas como parecian estarlo; pero le quedaba una combinacion mejor que la de retardar las hostilidades con todas las potencias, y consistia en dejar que empezasen con Rusia y Prusia, y en diferirlas algunos días mas con el Austria sola, lo cual le daria espacio para abrumar á las dos primeras, dejando para despues lo de hacerse encima del Austria, á la que llegaria su turno, segun Mr. de Metternich habia dicho perfectamente.

Para lograrlo tenia el medio de abrir la negociacion cuando estuviese próximo á expirar el armisticio, de manera de inspirar algunas esperanzas á monsieur de Metternich y al emperador Francisco, de obtener que, mientras se peleaba, se prosiguiera negociando, cosa posible y vista en varias ocasiones, y que probablemente retardaria la entrada en accion del Austria, pues mientras hubiera verosimilitud de que fueran aceptadas estas condiciones, la habia tambien de que Austria no se quisiera poner en guerra con Francia. Asi su pensamiento actual se cifraba en llegar, no á una suspension de armas que detuviera el brazo de todo el mundo, sino á una negociacion continuada que detuviera algunos días mas el brazo del Austria. Pero para esto convenia hacer algo, y Napoleon, á pesar de la duda subsistente en Neumarck y que para él no lo era, dispuso expedir á Mr. de Narbonne sus poderes y sus instrucciones, que se habian retenido hasta ahora, con la facultad otorgada á los dos plenipotenciarios franceses de tratar el uno en ausencia del otro. Ya no habia fundamento para decir que la negociacion estaba suspendida, puesto que Mr. de Narbonne podia entablarla por sí solo y hasta conducirla á remate. No obstante, aunque se apreciara el mérito de Mr. de Narbonne en Austria y en Europa, se reputaba al duque de Vicencio Mr. de Caulaincourt como al único iniciado en el pensamiento de Napoleon, y asi, mientras no llegara á Praga, se creia generalmente que la negociacion no se debia tomar en serio. Sobre este punto hizo repetir Napoleon que enviaria al duque de Vicencio, tan luego como el enigma de Neumarck quedara descifrado; y á fin de aparentar un motivo

especioso para dar tanta importancia á este asunto, mandó que se escribiera á Mr. de Metternich que, comunicándose por conducto de los comisionados de Neumarck con las plazas de Custrin, de Stettin y de Danzick, tanto para las correspondencias como para los comestibles, necesitaba de una explicacion positiva y terminante, y solo para asegurarse de obtenerla retardaba la partida del duque de Vicencio.

Aspirando Mr. de Basano de continuo á amoldarse á los deseos de su soberano, y á imitar su culpable aunque heroica indiferencia en el seno de los peligros, escribia á Mr. de Narbonne lo siguiente.—Os envío mas *poderes* que *poder*, tendreis las *manos atadas, pero las piernas y la boca libres, para pasearos y para comer*.—¡Con este tono hablaba el ministro del Imperio francés en el instante supremo en que se decidia para siempre sobre la suerte de su soberano y de su patria!

Tras de dedicarse á este juego de palabras, Mr. de Basano permitia á Mr. de Narbonne que procediera al cange de sus poderes, si bien ateniéndose al método de negociar sobre que ya se habia insistido. Por tanto debia ofrecer el cange de los poderes en una conferencia comun, y cumplida esta formalidad, proponer la discusion de las materias en las conferencias á que asistiesen todos los plenipotenciarios, á la vista del mediador, que de este modo seria testigo y parte de las negociaciones, pero no su exclusivo conducto. Por último; debia proponer la redaccion de protocolos que hicieran constar la autenticidad de las conferencias. Si se zanjaban todas estas cuestiones de forma, que no dejarían de dar largas, tenia Mr. de Narbonne la orden de presentar por

primera base de negociacion el *uti possidetis*, esto es, la conservacion de lo que poseia cada uno en el estado presente de la guerra, cual si no se hubieran consumado los sucesos de 1812 y de 1813.

Solamente la cuestion de forma debia absorber mucho tiempo, dado que los coaligados habian tomado sobre ella su partido, é insistir en esta materia equivalia á gastar sin fruto no pocos meses, cuando no se tenian mas que diez y ocho dias delante. Efectivamente, al saber Mr. de Metternich que Mr. de Narbonne habia recibido sus poderes, no se consoló mas que á medias de la ausencia del duque de Vicencio, sobre todo cuando tuvo noticia de que Mr. de Narbonne queria presentar y cangear sus poderes en una reunion general de los plenipotenciarios, abocándose bajo la presidencia del mediador entre ellos, y no prestándose á aceptarle por conducto único de sus comunicaciones. Segun se ha visto, este último punto habia adquirido suma importancia desde que Napoleon, al elegir á Mr. de Caulaincourt, insinuó claramente el pensamiento de entenderse de una manera directa con Rusia á costa del Austria. A contar de este instante, Rusia y Prusia, por no ser sospechosas y menos acusadas de entrar en los designios de Napoleon, afectaban tener mas empeño que la misma Austria en una forma de negociacion que hiciera que por conducto del mediador pasara todo. Asi Mrs. de Humboldt y de Anstett, y con especialidad éste, se apresuraron á entregar á Mr. de Metternich sus poderes, sin quererlos entregar á otro. Tranquilo Mr. de Metternich desde entonces en punto á la negociacion directa entre Rusia y Francia, contra la que se quiso asegurar al ir á Praga, se adhirió

á los deseos de Francia en esta cuestion de forma, solo por dar principio á las negociaciones; pero esto no dependia de su voluntad, empeñándose Rusia y Prusia en que estuviese mas tranquilo de lo que le haria falta. Asi no dejó de manifestar á Mr. de Narbonne que de buen grado consentiera en que se efectuara en comun el cange de poderes, á no ser porque ya los plenipotenciarios ruso y prusiano le habian presentado directamente los suyos, y porque de esta suerte se habian legitimado, y de seguro no querian ya volver atrás de lo hecho, aun cuando no fuera mas que por amor propio. Les propuso en efecto que cedieran sobre este punto, y se negaron á su demanda, y á pesar de las autorizaciones enviadas á Mr. de Narbonne, la negociacion no adelantó un paso. Mr. de Metternich expresó de nuevo á Mr. de Narbonne su pesadumbre, repitiéndole que el mal tendria remedio hasta el 10 de agosto á media noche, si bien llegada esta hora, ya seria irremediable.

Durante estas inútiles idas y venidas, no conservando ya Napoleon la esperanza mas leve de la posibilidad de una negociacion separada con Rusia, pensaba cuando mas en retener al Austria inactiva algunos dias despues del 17 de agosto, á fin de lograr tiempo de abrumar primeramente á los rusos y á los prusianos, salvo lo de batir posteriormente y á su turno á los mismos austriacos, si eran tan poco perspicaces que se prestaran á un cálculo de esta especie. Lo que es en la paz no pensaba de ningun modo, pues á ninguna costa queria abandonar las ciudades anseáticas incorporadas constitucionalmente al Imperio, ni renunciar al titulo de protector de la Confederacion del Rhin llevado con

cierta especie de ostentacion hasta entonces, ni reconstituir la Prusia al dia siguiente de haberle vuelto las espaldas. Cruelmente le costaba cada uno de estos sacrificios; y sin embargo, aun despues de las victorias de Lutzen y Bautzen, era imposible que la terrible catástrofe de 1812 no tuviese algunas consecuencias, si no para Francia, al menos para su persona, y convenia que se resignase á pagar su falta con un disgusto, fuera el que fuera. Tras de tan grandes desventuras debia tener á dicha no ser castigado mas que en su orgullo, y no estar obligado á sacrificar ninguna cosa que Francia debiese sentir de veras, pues segun hemos expresado y se nos permitirá repetirlo, cuando se le dejaban, además del Rhin y los Alpes, la Holanda, el Piamonte, la Toscana, Roma, á título de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardia y Nápoles, á título de principados de familia, se le otorgaba mas de lo que debia desear y de lo que debia poseer Francia. Aqui se presentan algunas reflexiones que ya hemos indicado, si bien es fuerza reproducirlas en el momento decisivo de una manera mas completa, para avalorar sanamente las determinaciones de Napoleou. Si se examina una tras otra sus pretensiones territoriales se reconocerá cuán poco razonable se mostraba al sostenerlas. Hasta Holanda, la menos fuera de razon de todas, no podia ser incorporada material y moralmente al Imperio sino á costa de mucho trabajo. Al segregar de ella lo que Napoleon tomó al rey Luis en 1810, para castigarle por sus resistencias, es decir, lo que está situado á la izquierda del Wahal, que es el Rhin verdadero y constituye la barrera mas poderosa, se habia adquirido

cuanto era deseable bajo el aspecto de las fronteras, quedando siempre la grave dificultad moral de fraccionar un país tan homogéneo como Holanda, y cuyas partes todas están formadas para vivir juntas. Relativamente á la porción, de allende el Wahal, que se dilata hasta el Texel y comprende á Goreum, Nimega, Utrecht, Rotterdam, el Haya, Amsterdam, el Texel, esto es, la grande Holanda, imposible era agregarla á la geografía militar de la Francia; y así Napoleon, en sus mas hábiles combinaciones para la defensa del territorio, jamás pudo hallar la manera de cubrir el Zuidazeo, ni de formar una frontera sólida desde Wesel hasta Groninga. No teniendo para proteger esta parte de Holanda mas que la débil linea del Issel, no vió mas recurso que ordenar las inundaciones; y á la verdad es, no solo inhumano, sino impolítico, pensar en poseer un país que no se puede conservar mas que anegándolo. Teniendo Napoleon en el Océano la Rochela, Brest, Cherburgo, Amberes y Flesinga, poseía cuanto podia anhelar contra Inglaterra, y los terrenos, medio islas y medio continentes, que se extienden de Nimega á Groninga, de Berg-op-Zoom al Texel, con una raza libre, activa, sensata, rica, llena de recuerdos bastante gloriosos para quererlos confundir con los de otra nacion, merecían que se les dejara independientes entre todas las potencias de Europa, á fin de que prosiguieran siendo la via mas lata y mas libre del comercio marítimo. ¿Y por ventura, aun fijándose en el Piamonte, se podia calificar de muy prudente la aspiracion de poseer un territorio mas allá de los Alpes, esto es, mas allá de nuestras fronteras naturales, y que debia enagenarnos para siempre á

los italianos, al modo que la posesion de la Lombardia no ha cesado de enagenárselos al Austria, y de valernos odios en vez de influjo, y de escapárenos inevitablemente al primer reinado débil de las manos? Sin embargo, en un sistema de grandeza á la manera de Carlo-Magno, grandeza que en los tiempos modernos no es mas que un puro anacronismo, pues cuando Carlo-Magno reinaba sobre el continente desde el Elba hasta el Ebro, abarcaba en sus vastos Estados á países medio salvages, que aun no tenían existencia histórica alguna, en tal sistema se puede concebir el aditamento de la Holanda, especie de apéndice marítimo de nuestro territorio como es apéndice continental el Piamonte, útil á quien se propone bajar frecuentemente de los Alpes; mas dentro de este sistema ya falso, ¿qué se habia de hacer de Toscana y de Roma? ¿Qué de la Iliria, de Lubeck y de Hamburgo? Esto no era mas que un prurito de conquistas insensatas, sin plan y sin límites y sin mas duracion que la de la vida de un conquistador como Atila ó como Alejandro, para dar márgen á su muerte á una division de territorios entre sus generales ó sus vecinos. Bajo tal sistema qué, no estribando sobre ningun principio político, no podia tener ningun limite territorial, donde podia hacer entrar todo salvo no guardar nada, no cabia decir que el imperio de Napoleon fuese verdaderamente menos grande porque no se incluyeran en su territorio Lubeck ó Hamburgo. Napoleon, con estas ciudades ó sin ellas, era tanto como Carlo-Magno, pues el que además de Bruselas, de Amberes, de Flesinga, de Colonia, de Maguncia, de Estrasburgo, poseía á Amsterdam, Utrecht, el Texel, Turin, Flo-

rencia, Roma, sin contar á Cassel, Milan y Nápoles, era tan grande y aun mas grande que Carlo-Magno, de la grandeza fabulosa que tenia razon de ser en el siglo nono, y no en el siglo XIX, y que despues de su Carlo-Magno tendria inevitablemente su Luis el Benigno. No se concibe que otorgándose á Napoleon lo principal de esta quimérica grandeza, la comprometiese por Hamburgo, por Lubeck, ó por un vano título como el de protector de la Confederacion del Rhin. Se comprende que no quisiera ceder sin duda, si estuviera comprometido el honor de las armas, pues vale mas perder provincias á trueque de salvarlo; pero ya se habia conseguido esto en Lutzen y Bautzen, donde las desdichas de nuestros veteranos fueron vengadas por manebos; á salvo estaba tambien la verdadera grandeza, y aun la inútil y exagerada; solo tenia que padecer el orgullo. Triste es decir que Napoleon estaba pronto á sacrificar á este sentimiento personalísimo no solamente la sólida grandeza de la Francia, la que durante la revolucion habia conquistado sin su ayuda, sino tambien la grandeza ficticia, fabulosa, que le habia agregado con sus insignes proezas. ¡A este sentimiento iba á sacrificar su esposa y hasta su hijo!

No obstante, estas cuestiones agitaban á Napoleon profundamente, y si con la facultad de distraerse en mil trabajos de todas clases, facultad que poseia en el mas alto grado, llegaba á mostrar sereno el rostro, si plenísimo de sus vastas y profundas concepciones militares, conseguia adquirir confianza, á veces sentíase turbado y de continuo pensaba en el grave asunto que acaba de ser expuesto. Siempre á la carrera en torno de Dresde; haciendo

con su vientre abultado, que empezaba ya á molestarle, excursiones de treinta y cuarenta leguas por dia, la mitad de ellas á caballo; yendo á estudiar á lo largo de las fronteras de Bohemia los campos de batalla, que muy pronto se debian cubrir de sangre; llevando consigo á sus generales; enviándolos solos á veces para obligarles á estudiar el terreno, le ocupaban la mente las mismas ideas, y ya por el camino, ya de vuelta en la capital de Sajonia, platicaba sobre ellas con los personajes de todas las profesiones que le acompañaban en sus campañas. Absoluto por su poder, era dependiente por su perspicacia de los espíritus que se hallaban en rededor suyo, pues le era imposible ver en todos los semblantes la desaprobacion sin experimentar la necesidad de combatirla, de disiparla, de vencerla, y tenia mucho que hacer á menudo. Con efecto, mostrándose todos muy sumisos, muy aplicados á agradarle, el sentimiento del peligro desataba la lengua á los mas alentados, y ya que no otra cosa, entristecia á los mas tímidos el rostro.

Echando de ver cada uno en la situacion lo que segun su estado militar ó civil le atañia, revelaba los peligros que le llamaban la atencion mas particularmente. Los militares, que hallaron superior la posicion del Elba, cuando solo tenian que habérselas con los prusianos y los rusos, se espantaban de tener en contra á los austriacos, y de hallarse junto al Elba con la posibilidad de que estos los rebasaran hácia la parte de Bohemia, y de que asi estuvieran los enemigos sobre la espalda, entre nosotros y la Turingia. Los politicos veian claramente al Austria, arrastrada por el espíritu público de Alemania y estimulada por su interés propio, muy

próxima á imitar á Prusia, y á completar así la union de todos los Estados en nuestra contra; y nos veian reducidos á luchar contra Europa exaltada por el odio con Francia abatida por el cansancio. Así unos y otros opinaban que se admitieran la mediacion y sus condiciones, cualesquiera que fuesen estas, aun suponiéndolas mucho menos ventajosas que lo eran realmente. Sin duda no quisieran admitir á ningun precio la Francia privada de sus fronteras naturales; pero si se les revelara que directa ó indirectamente poseeria á Maguncia, Colonia, Amberes, Flesinga, Amsterdam, el Texel, Cassel, Turin, Milan, Florencia, Roma, Nápoles, de seguro suplicáran á Napoleon de rodillas que aceptase. Mas se les mantenía en la ignorancia del verdadero estado de las cosas: vagamente se hablaba delante de ellos de sacrificios contrarios al honor, y sin saber cuáles eran de fijo ya se les alcanzaba que aun era Francia sobrado temida para que se osara ofrecerla menos que sus fronteras naturales, y bajo este supuesto muy inferior á la realidad á pesar de todo, preferian sacrificios de amor propio al peligro de una lucha tremenda contra una coalicion formada por toda la Europa.

Así los políticos al igual de los militares hablaban entre sí de este asunto, ora en los bivaques, ora en las antecámaras de Napoleon, se callaban cuando aparecia, y á veces no se interrumpian mas que á medias, para suministrarle coyuntura de anudar la conversacion si se dignaba proseguirla con ellos, cosa que no descuidaba de hacer casi nunca. Abundantes respuestas le ocurrían para los militares, pues, si tenían razon en señalar el atre-

vimiento de nuestra situacion junto al Elba, donde podiamos ser rebasados á la parte de Bohemia en el caso de una guerra con Austria, se engañaban muchos de ellos al proponerle la línea del Saale, línea muy corta, no incluyendo mas que el espacio contenido de Hof á Magdeburgo, fácil de forzar sobre todos los puntos, y expuesta á ser rebasada hácia Baviera como la del Elba hácia Bohemia. Adoptando esta línea pudiéramos ser rechazados hasta el Rhin en ocho dias, y fuera inconsecuencia bien extraña la de abandonar en las lides lo que Napoleon se obstinaba en defender temerariamente en las negociaciones. No habia medio entre renunciar de seguida á Alemania y asentir á las condiciones de Mr. de Metternich, ó disputarla con las armas como se disputaba diplomáticamente, y no habia otro modo de lograrlo mas que junto al Elba. Ahora bien, situado en Dresde, teniendo á su derecha á Koenigsberg, á su izquierda á Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, pudiendo abrumar á los que intentaran rebasarle, como lo hizo en Dresde antes de mucho, aun contaba Napoleon inmensas eventualidades en su apoyo. Verdad es que siempre quedaba el peligro de batirse á tanta distancia del Rhin y contra la Europa entera, y de verse en el aire en medio de la Alemania sublevada, si uno de sus lugartenientes se mostraba débil ó torpe en la vasta línea de Koenigsberg á Hamburgo; y siendo esto cierto, se necesitaba de buen juicio para reconocer y de valor para decir que la falta de Napoleon era política, y aconsejarle que abandonara la Alemania, cosa que daría la certidumbre de una paz inmediata y gloriosa. Por no establecer la cuestion de este modo se in-

curria contra Napoleón en verro, porque verdaderamente, de querer guardar la Alemania, solo se podía conseguir junto al Elba. Así, no atreviéndose á sostener que resueltamente convenia entrar de nuevo en la línea del Rhin, se exponian el príncipe Berthier y los mariscales Soult, Ney y Mortier á ser refutados victoriosamente, cuando en sus conferencias numerosas proponian una línea entre el Rhin y el Elba, vencíalos Napoleón con su lógica apremiante, y guardaban silencio, si bien quedándoles siempre el convencimiento de un gran peligro, pues lo era sin duda batirse contra Europa, no junto al Rhin para la defensa legítima de nuestro territorio, sino junto al Elba y á impulsos del designio usurpador de la dominación universal. De otro modo pasaban las cosas cuando se trataba de la cuestión esencialmente política de la paz y la guerra. Aquí Napoleón conocia harto bien su error, pues jamás le ocurría alegar una razón valedera. No decia la verdad, vagamente hablaba de sacrificios, que moderados en la apariencia por de pronto, muy luego vendrían á ser inmoderados é inadmisibles si cedía, y sin expresarlo de lleno, daba á entender que Austria se atrevía á reclamar la Italia. Entonces se acaloraba, hablaba del honor del Imperio, y exclamaba que mas valia percer que sufrir tales condiciones, y menos de parte del Austria, que, despues de darle una archiduquesa en matrimonio, despues de aceptar en 1812 su alianza, se aprovechaba del primer revés para volvérselo en contra, como si semejante conducta, suponiendo que fuese cuál Napoleón la describía, se debiera calificar de muy criminal en una potencia, que, por largo tiempo batida y despojada de una gran parte de sus estados,

se valia de la ocasión para recuperar lo que le era posible, y sobre todo contra un conquistador sin moderación ni mesura.—Ignorando sus contradictores el arcano de las negociaciones, suponiendo siempre que se trataba de sacrificios de gran monta, y superiores por tanto á los que se nos pedían de veras, concediendo que era desagradabilísimo ceder y con especialidad á gentes, que en cierto modo nos tendían un lazo, se acogían á la necesidad urgente de la paz, y aquí todas las ventajas estaban de su parte. Por apóstol constante de la paz habia encontrado Napoleón á Mr. de Caulaincourt, quien le suplicaba de continuo que no se obstinase contra la tempestad, y que prescindiera de una desazon momentánea por salvar á la Francia, al ejército, á sí propio, y á su hijo. Mr. de Caulaincourt era infatigable en esta valerosa y cívica empresa, y la acometía sin reposo y con admirable perseverancia. Un grande auxiliar habia hallado Mr. de Caulaincourt en el duque de Otranto, Mr. Fouché, que, aun aspirando á reconquistar el favor imperial perdido, ya inspirado por su buen seso, ya tambien acaso por el peligro con que la caída del Imperio amenazaba á todos los hombres de la revolución, no vacilaba en sostener atrevidamente que habia que celebrar la paz. Segun Mr. Fouché no se trataba de averiguar de qué clase, secreto que incumbía á los plenipotenciarios encargados por Napoleón de esta tarea; pero, despues de Lutzen y Bautzen, refiriéndose á cierta especie de notoriedad pública, pensando en el temor que no habia cesado de imponer Francia, no ofrecía duda en su concepto que aun serian excelentes las condiciones; y si, como lo hacia presumir todo, se dilataba Francia